

el sinvergüenza más grande  
que en el mundo se crió?...

.....  
.....

Ya sé que tú y otros tales  
á la clara luz del sol  
del Madrid de mis amores  
reyes y señores sois;  
ya sé que, para ignominia  
de la civilización,  
no ha habido quien os anule  
por desidia ó por temor;  
mas yo os juro, con la mano  
puesta sobre el corazón,  
que si fuera, quince días  
siquiera, gobernador,  
no iba á quedar ni memoria  
del cura que os bautizó.

¡HAY QUE VIVIR!





## ¡HAY QUE VIVIR!

---

—¿Tú en qué partido militas?

—Chico, si te he de ser franco,  
no tengo matiz ninguno.

—¿Pues no eras republicano?

—De Pi; pero me ha venido  
le reflexión con los años,  
y he visto tantos farsantes  
y estoy tan desengaño  
de tóos ellos, que hoy en día,  
por mi salú te declaro  
que lo mismo me dá Azcárate  
que Maura y que Don Dalmacio.

—¿Y Lerroux también?

—Lerroux

y Moret y el ¡Padre Santo!

—No lo creo.

—¡Que me muera  
de repente si te engaño!

—Eso es, dicho así en escueto,  
pa pensar que eres un piazo  
de nogal, porque tóo el mundo,  
desde el más chico al más alto,  
debe tener una idea  
y debe soñar con algo.

—Te contestaré en seguida:  
las ideas las acato,  
pero los hombres políticos...  
¡el mejor pa degollarlo!

—¡Qué bruto!

—¡Lo que te cuento!

—¡Miá que vienes sanguinario!

—¡Natural! Pero, so primo,  
¿tú me crées á mí tan sándio  
que me voy á dir detrás  
de esa colección de vagos?

—¡Hombre... me paece algo fuerte!

—Bueno; pues no me retrato.  
Hoy cá quisque va á lo suyo,  
y el que tié más desparpajo

pa mentir es el que trunfa  
y el que se lleva los cuartos.  
—Habr  de t o.

 T  te piensas  
que en este siglo que estamos  
le importa   ninguno de ellos  
el bien de España ni un rábano?  
 Que se la aten aquí!

— T   
has bebido y te ha hecho daño!  
— Si nos lo dice la práctica,  
señor!... Cuando est n lampando  
por subir, t os son lo mismo:  
mucho de querer salvarnos  
y mucho de atar los perros  
con longaniza, y estamos  
c  vez más hechos la cusca,  
y Dios no encuentra trabajo,  
y hoy día ti s que coger  
las roscas con aeroplano,  
y no ves más que conventos,  
y se han puesto los garbanzos  
de una forma que te cuestan  
más que si comieras z firos,



—¿De modo que tú no tiés ilusiones?

—¡Pero, Paco!...

¿Qué ilusión quiés que me inspire,  
á mi edaz el mamarracho,  
que pide pa desayuno  
filetes de cura párroco,  
y cuando llega á su casa  
con un poco de retraso  
le machaca su señora  
las costillas á estacazos?...

¿Qué quiés que haga cuando veo  
que andan por ahí pedricando  
moralidáz en los mítines,  
con tóo su santismo cuajo,  
un montón de sinvergüenzas  
que van sueltos de milagro?

¿No he de tronzarme de risa  
si conozco ciudadanos  
que hace ná como quien dice,  
andaban por ahí pisando  
con el contrafuerte, y ahora  
tienen por resmas los *pápiros*?

—Yo confío en Canalejas.

—Ese ahora está prencipiando  
y dicen que se trae cosas  
y que vá á armar un serrallo;  
pero dentro de dos meses  
verás cómo tóo eso es flato.

—Es decir, que en asoluto  
tú no eres na, Vespurciano.

—¡Hombre, sí!... No reconozgo  
ni jefaturas ni mandos  
de nenguno, pero yo,  
como ser, soy libertario.

—¿Tú?...

—¡Servidor! ¡Y me tomo,  
pa que trunfen los de abajo,  
cuatro tiros con mi padre!  
Porque entérate bien, Paco:  
¡lo único que hay en el mundo  
dizno de apoyo y de amparo,  
es el que se amasa el pan  
con el sudor de sus manos!

—Bueno, y tú, con esas másimas,  
¿por qué andas por ahí de vago?

—¡Será porque puedo!

—Fincas



no poséas

—En eso estamos.

—Pues no me lo explico entonces.

—Pues hombre, voy á explicártelo.

—A ver.

—Mira: yo he resuelto  
el problema del garbanzo  
sin trabajar, de una forma  
que ha de merecer tu aplauso.

—¿Cuála?

—Verás, dos pesetas  
que le rinde á mi muchacho  
el *Pombia*, son ocho riales,  
¿no?

—Sí, señor.

—Otros tantos.  
que le saca la Raimunda  
por la mañana á los rábanos  
y á la Prensa por la noche,  
suman deciséis.

—Esazto.

—Agrégale, de unos días  
con otros, un duro largo  
que se agencia mi muchacha,

la mediana, con el tráfico  
de los décimos, las flores  
y algún que otro extraordinario,  
y tóo esto me arroja un líquido  
de dos duros, con los cualos,  
aunque no haiga pa tener  
cuenta corriente en el Banco,  
puedo vivir, á Dios gracias,  
sin pedirle á nadie un cuarto  
y sin esponerme á hacer  
piruetas en un andamio.

—¡No está mall!

—Las atenciones  
nuestras, á vista de pájaro,  
se enjugan con la mitáz,  
y sobra; porque hazte cargo:  
al chico mayor le tengo  
en los Asilos del Pardo  
de huéspedede; el que le sigue  
se pasa cuasi tóo el año  
de quincena; la comida  
nos la dan los Escolapios,  
porque mi mujer les haga  
la limpieza tóos los sábados,

y la chica, por su parte,  
no nos grava ni en un chavo,  
porque como es una pólvora  
y le ha dao Dios ese trato  
que dice que sí á tóo Cristo,  
siempre la están osequiando.  
De modo que pué decirse  
realmente que nuestros gastos  
son: decisiete cincuenta  
de arquiler del sotabanco;  
una de cuarenta y cinco  
que me compran á diario,  
con su caja de cocina  
y un librillo del *Galápago*;  
cinco duros cá semana  
que me asizno, por si acaso  
se terciá echar unas copas  
ó hay que ir á ver al *Machaco*,  
y mi endumentaria, que es  
un par de trajes al año,  
porque como quié la chica  
que vaya de vez en cuando  
con ella por ahí, pues siempre  
conviene vestir con algo

de polcrituz, pa que vean  
que su padre no es un guarro.  
—¡Valiente vida!

—Te azvierto  
que yo no me estoy tocando  
las narices, como puede  
que sos penséis más de cuatro,  
porque entre llevar la cuenta  
de los cobros y los gastos,  
y aconsejar á la chica,  
y enseñarla ratimagos  
pa que no la den un mico  
y se la lleven los cuartos  
del negocio, mi par de horas  
no me las quita ni el gallo.  
—Sí que abusarán algunos  
de ella.

—¡No hay quién, Vespurciano!  
—¡Hombre, por Dios!

—¡Tú que sabes!  
¿La ves que paece un retaco  
de menuda? Pues la pones  
cuatro ceviles y un cabo,  
y se las mantiene tiasas

con tóos, porque es un jabato  
de valiente. En fin, su madre,  
calcá desde arriba abajo.

—¡También tendrá que moverse  
la pobre chica!

—¡Hazte cargo!...

Como que muchismas noches  
la ocurre que del cansancio  
toma un *simón* pa ir á casa  
porque no pué con el rabo.

—Está en la edaz.

—¡Chico, yo

es la reflesión que me hago!  
Y ahora dí si merecía  
que me engancharan de un carro,  
después de esto, si siguiera  
calentándome los cascós,  
como antes, pa mal comer  
cuatro porquerías.

—¡Claro!

—¿Tengo ó no razón?

—¡Qué duda!

¡Eres un tío!

—No; práctico

más que otra cosa. Después  
de tóo, si lo ves despacio,  
paece un mundo y es el huevo  
de Colón.

—¡Qué zumba, Paco!

—Haz tú lo mismo.

—Quisiera,  
pero hay un pequeño ostáculo.

—¿Cuál?

—Que yo no tengo chicas.

—Es verdáz, que tóos son machos.

—Y los varones, por mucho  
que se espabilen...

—¡Ah, claro!

Cero al cociente. Los chicos,  
su jornal y pára el carro.

—¡Pa ti es el mundo!

—¡Figúrate,

con tres personas ganándolo  
en casa, si aquí estuviera  
retribuído el trabajo...

—¡Una tontería!

—¡Dime,

quién iba á meterme mano!



EL VICIO NACIONAL







## EL VICIO NACIONAL

---

—¡El primero que me azuce  
pa jugar con él dos céntimos  
á la lotería, no hace  
otra digestión á tiempo!  
—No te enfades.

—¡Hombre, si es  
que me ataco de los nervios!  
¡Miá que decisiete números  
sin coger un mal rintegrol...  
¡Hay que ver! ¡Permita Dios  
que reviente tóo el gobierno,  
desde el mismo Romanones  
hasta el último portero!  
—¿Llevabas mucho?

—¡Una flimal...

Pon cinco duros y medio,  
sólo por mi lao, y agrega  
tres ó cuatro por lo menos,  
de mi mujer, entre picos  
de aquí y de allá.

—La Remedios,  
he notao que no se queda  
sin probar ningún sorteo.

—Toma, como que ella ha sido  
la que me ha metido en estos  
fregaos, que si no ¡de dónde  
me iba á ver yo con mi sueldo  
gastando armilla de rede  
con el frío que está haciendo!

—¡Mal sos dá!

—Yo entodavía  
suelo picar uno ú medio  
de tarde en tarde, ¿pero ella?...  
Digo, tú debes saberlo,  
porque contigo también  
ha jugao, si no padezco  
un error, algunas veces.

—De dos sí que me recuerdo.

—¿Y qué sacasteis?

—Un chico  
de tres pesetas el décimo.  
Total, seis duros.

—¡Ah!... ¿Sí?

¡Pues se ha guardao el dinero!

—Fué cuando estaba soltera.

—¡Ah, vamos!

—Chico, y te azvierto  
que ahora nó sé; pero entonces  
tenía una mano pa eso,  
que al que jugaba con ella  
le tocaba algo.

—Lo creo

porque tú me lo aseguras,  
y tú eres un hombre sério,  
pero en tres años y meses  
que hace ya que nos casemos,  
la estoy oservando el sino,  
día por día, y me apuesto  
á que entre cien mil mujeres  
no hay quien lo tenga más negro.

—¡Qué pesimista eres!

—Hombre,

á los resultaos me atengo:  
á mí me costa, ¡figúrate!  
que ella ha jugao con quinientos  
á escondidas, porque sabe  
que soy refragtario al juego,  
y sin embargo, á estas fechas,  
aunque digas que esagero,  
está por el primer duro  
que yo le haiga visto el pelo.  
¿Es mala pata?...

—Y, no ostante,  
tu casa es un jubileo  
tóo el santo día.

—Ya ves.

Chico, es lo que no comprendo:  
¡ó la humanidáz es loca  
ó yo estoy como un cencerro!  
—Aberraciones.

—En fin;  
pa probar hasta qué extremo  
se piensan que mi mujer  
tié la suerte entre los dedos,  
voy á contarte una cosa  
que vas á decir que miento.

Sali yo tras de antinoche  
de casa, con el ojeto  
de echarle unas carambolas  
á Paco *el de los Camelos*,  
en San Millán, y al marcharme  
la dije:—*Mira, Remedios:*  
*acuéstate y no me esperes,*  
*que pué que tarde.—Me alegro,*  
(me dijo ella) *porque no*  
*me puedo lamer de sueño.*

Conque me fui pián pianito  
pa el billar y, con efeto,  
al verme entrar por la puerta,  
Paco, que se cree lo menos  
un fenómeno y que sabes  
lo bruto y lo pinturero  
que es, va y esclama gritando,  
pa darse tono:—*¡Te juego*  
*los cafés pa los presentes*  
*con veinticinco pa ciento!*

—Muchas son.

—Le doy el tiple.

—Pues él juega.

—¡Ni un pimientol!

La prueba es que de seguida  
le dije:—*Me va á dar miedo,*  
*pero, si quieres, apúntate*  
*cinco más.—¡Vamos á verlo!*  
En fin; que sacan las bolas,  
salgo con una de mérito,  
y luego voy ¡zás! principio  
á tirarle retrocesos  
y picaos y feligranas,  
pero, chico, en unos términos,  
que de milagro patente  
no se quedó zapatero.  
Total: volviendo al asunto  
referente á la Remedios;  
estábamos, yo en noventa  
y él cuasi *après*, cuando en esto  
de pronto al ir á tirar  
una carambola á huevo,  
me da una punzá en el vientre,  
y me corre por tóo el cuerpo  
un sudor frío, y me empiezan  
unas ansias y un mareo  
que si no es porque me dicen:  
—*¡Hombre, métete los dedos*

*en el balcón!*, á estas horas  
estoy en el Cementerio.

—Eso fué un cólico.

—Puede.

—Que te enfriarías.

—Bueno;

pues como me puse malo,  
y yo en seguida me pienso  
que voy á diñarla, dije:

—*Dispensarme si lo dejo,  
pero en esta tiésitura,  
la verdá, chicos, no puedo.*

—*¡Veste!* (contestaron tóos).

—*¡La saluz es lo primero!*  
(me dijo Paco). *Mañana,  
si estás mejor, seguiremos.*

—Él, claro...

—*¡Como que estaba  
cuasi con el agua al cuello!  
Cón que me marché pa casa,  
me abre la puerta el sereno,  
subo, llego arriba, llamo  
y nadie contesta; vuelvo  
á llamar ¡y que si quieres!*



—¿Qué, tampoco?

—¡Idem de lienzo!

Entonces, desesperao  
y aburrido, qué hago: pego  
la boca á la cerradura  
hecho un huracán (ya creo  
que me conoces y sabes  
quién soy cuando me caliento)  
y digo, echando madejas  
de bilis:—*¡Pero, Remedios!...*  
*¿Quieres abrir de seguida,*  
*ó tiro la puerta al suelo?*  
—Te abrirían.

—¡Pocas gracias!...

Y ahora prencipia lo bueno:  
Tomo tóo el pasillo alante,  
echando lumbre, penetro  
en la sala... ¡y tú carcula  
mi sospresa, cuando veo  
sentao junto á la camilla  
tranquilamente un sujeto,  
que ni se diznó siquiera  
saludar!

—¡Rediez!

—¡No quiero  
decirte lo que pasó  
por mi mente!...

—Lo comprendo.

—Pero basta con que sepas,  
pa que te hagas cargo de ello,  
que aunque sé que mi mujer  
antes de manchar su crédito  
de honrá y fiel se mataría  
¡porque no hay ni que hablar de eso!  
me volví loco, y si no  
me ilumina tan á tiempo  
la Providencia, te juro  
por la teta que me dieron,  
Bienvenido, que les abro  
en canal como á los cerdos.

—¡Sí que se las trae la cosa!

—¡Cállate, hombre!... Por supuesto,  
que nos tronzamos de risa  
luego después la Remedios  
y yo, en la cama, acordándonos,  
porque tié mucho salero.

—¡Ah!... ¿Sí?

—Como que me vas

á decir que me guaseo.  
¡A qué dirás tú que fué  
á mi casa aquel sujeto  
con tóo su cuajo, á esas horas  
y en el rigor del ívierno!...

—No sé.

—Cavila.

—No doy.

—Pues vas á quedarte lelo:  
¡á que mi mujer le diera  
cinco reales en un décimo  
que sabía que llevaba  
pa la jugá de Año Nuevo!...  
¿Es afición?...

—¡Qué rarezas  
tién algunos!

—¿Hay derecho  
pa que por una pamplina,  
como esa, te corte el sueño  
cualquier loco?...

—¡Vamos, calla!

—¿No es pa partirle los sesos?

—¿Y qué hicistes?

—Pues ná: el hombre

satisficó su deseo,  
porque después del viaje  
resultaba violento  
desairarle; se abrochó  
la cazadora, y diciendo  
muy humilde:—*¡Disimulen  
ustés si he sido molesto!*  
pilló la escalera abajo,  
salió á la calle y *laus deo*.

—Pues mira: sí que tié gracia.

—*¡Lo ves cómo yo no miento?*

Eso sí; la primer cosa  
que le dije á la Remedios,  
fué que desde aquella noche  
se terminaban los juegos,  
porque muy fácil ocurre  
que en lugar de ser yo el que entro  
es un estraño ¡y suponte  
la tomadura de pelo!...

—*¡Hombre, sabida la fama  
de tu mujer, no lo creo!*

—*¡Quitate de ahí! Por lo mismo  
que es el *no pús* de su seso,  
hay un porción de reztiles*

que darían el pellejo  
por pillarla en un enjuague  
pa dir con el chisme.

—Bueno;

la envidia es muy mala.

—Esazto.

¡¡Has dao en mitá del hueso!!

LAS NIÑAS DEL CORO





## LAS NIÑAS DEL CORO

---

—¡Le digo á usted que hace falta más pacencia, doña Emilia, que un Santo Job!...

—Sí, señora;

ya sé que usted es otra víctima del Sino; ¡pero qué penas las de las dos tan destintas!...

—¿Por qué?

—Porque al fin y al cabo usted se ha pasao la vida humildemente vendiendo cosas de bisutería por la calle, y no es que quiera rebajarla, señá Otilia,



que cá una se busca el pan  
como puede, pero ¡ay, hijal,  
usté no sabe lo que es  
el haber gastao batistas  
y charoles á tóo pasto,  
y haber tenido hasta fincas  
en la Guindalera (que ahí  
están en pie todavía),  
pa verme luego á mis años  
encerrá en esta pocilga  
de *cine* viendo indecencias  
y aguantando groserías.  
Si levantara sus miembros  
mi pobrecito Bautista  
y me viera así... ¡Na más  
el pensarlo me horroriza!  
—Pues se queja usté de vicio.  
—¿Yo?...

—¡No sé! ¡Tie usté á su chica,  
que ha prencipiao en el coro  
no hace un mes entodavía,  
y ya la han subido á un duro,  
¡conque á ver!

—¡Ay, seña Otilia!...

¿Y qué es un duro?...

—¡Pijota,

pues la mar de calderilla!

—¡Calle usted, por Dios!... Con eso

no tié ni pa vaselina,

porque en casa habrá estrecheces,

pero lo que es á mi niña

no le hace daño ninguno

privarse de la comida,

si es menester, pa salir

mejor quē la cupletista

bajá del cielo. De forma

que si gasta el alma mía

tóo el jornal en componerse

¡á ver ande está la mina!

—Si esto no es que yo cretique

que á la de usted, que es guapita

y sirve pa la carrera

y tié detalles de artista,

la den eso; pero ¿es justo

ni decente que á mi Rita,

que ya cantaba en el coro

cuando estrenaron *Las hijas*

*del Zebedeo*, la paguen

con dos pesetas cochinas?

—Es verdáz.

—¿No dan arcadas  
al ver que una primeriza  
como la Urrutia, que tié  
menos voz que una sardina,  
se lleve á casa, de bóbilis,  
deciséis reales cá día  
porque se deja sobar  
hasta de los tramoyistas?

—Tié usté más razón que un santo.

—¿Le paece á usté que hay justicia?

Ya sé yo que mi muchacha  
no es ninguna Mayendía,  
que á mí la pasión de madre  
no me ciega, doña Emilia,  
pero, ¡puñales!, tié escena,  
y no hay en la Compañía  
quien la llegue á los zancajos  
(dejando á un lao á su Anita  
de usté), porque es lo que yo  
digo siempre: ¿Desafina?

—¡Qué disparate, señora!...

—¿No tié buena voz?

—¡Manífica!

—¿Se baja como otras?

—De eso

no se ná.

—¿La hay más castiza  
moviendo sus menesteres  
en las obras sicalíticas?

—No.

—¡Pues ahí está! Como á ella  
nunca en jamás de la vida  
le ha dao por la golferancia,  
ni ha rodao por la *Bombilla*  
con los autores, ¡porque es  
muy requetedecentísima,  
gracias á Dios, y ni el oro  
de Róchil la torcería,  
ya ve usté!...

—¡Que sí!

—¿No es esto

una explotación enicua?

—Sí, señora.

—¿Y el trabajo  
que tién las pobres encima  
de su alma?... ¡Vengan secciones

y más secciones, sin pizca  
de caridáz!...

—Así paece  
que están casi todas tísicas.

—¡Por Dios, es que seis cá noche  
no hay cuerpo que lo resista,  
señora!...

—Y las que padecen  
son las madres.

—¡Sí, hija mía!  
Vamos, yo es que no concibo  
que una persona tan fina  
como es usted, y sus modales  
bien á las claras lo endican,  
se haiga amoldao á vivir  
entre tanta porquería.

—¡Ay, señora, usted no sabe  
los llantos y las fatigas  
que me cuesta; pero así  
lo dispuso el que está arriba...

—¡No se afezte usted, caramba!...

—¡Qué recuerdos, señá Otilia!...

Mi difunto era riquismo  
y á nosotras nos quería

con locura, porque, vamos,  
es poco cuanto se diga.  
Así es que el pobre (Dios le haiga  
perdonao) se desvivía  
pa tenernos con un lujo  
que, en fin, ¡hasta fosfatina  
me llevó dos ú tres veces  
cuando desteté á mi niña!  
Pero dió la coincidencia  
(dispense usté que me aflija)  
de que al morir, la muchacha  
no estaba reconocida,  
porque era casao, y es claro,  
cargó con tóo la familia,  
dejándonos de resultas  
poco menos que en camisa.  
—¡Vaya por Dios!

—¡Que una es tonta  
y no se ocupa del día  
de mañana!

—¡Cuánto de eso  
suele ocurrir, doña Emilia!  
—Pero míste, tuve suerte;  
porque de pronto la chica

fué y prencipió á pollear  
y á hacerse una mujercita  
y á estrenar piezas de chicos  
aficionaos, hija mía,  
¡que daba gusto!, y por dónde,  
al verla así, tan listilla,  
un amigo de su padre,  
muy bueno (¡Dios le bendiga!),  
que es ese joven que viene  
con nosotras tóos los días,  
fué y me la metió en Eslava  
gratis, pa ver si perdía  
la vergüenza viendo al público  
de los estrenos, y, amiga,  
la ha perdido de tal modo,  
que paece una artriz corrida.  
—Pues hará suerte...

—La pobre,  
ya ve usté; se despepita  
materialmente, y la aplauden,  
porque se trae simpatías,  
y está osequiá; pero yo  
no me acostumbro á esta vida  
por ná del mundo.

—Ni nadie

que haiga estudiao la dotrina.

—¡Porque es que hay que ver, señora,  
los chismes y las envidias  
de esta casa!...

—¡Es un escándalo!

—Luego aquí tóo se cretica,  
y se despelleja á Cristo  
y está una siempre vendida.

—¿Entra á ver á mi muchacha  
este ú el otro y la envita  
á un bisté, pongo por caso,  
ú á otra cualquier golosina?  
Pues comø pase y los vea  
bis á bis alguna víbora  
de esas... ¡boca abajo!...

—Toma;

lo que menos, cuncubina.

—¿Que hay una amistáz estrecha,  
verbo en gracia, entre la mía  
y la de usté (porque á veces  
las muchachas simpatizan)  
y tién el mismo criterio  
y van juntas cuatro días?...



¡Pues prepárese usted á oír  
cá chiste que Dios tiritá!

—¡Claro, como algunas veces  
aciertan!...

—¿Y la iznominia  
de obras que hacen, que avergüenzan  
á un sereno?... ¡Venga tripa,  
y encite usted con los ojos  
y póngase usted lascivial...  
¡Que asquerosidáz!

—¡A ver!

Así los hombres relinchan  
como potros y se ponen  
que salen echando chispas...

—¿Qué de extraño tié que el público  
piense que son unas *pingas*  
todas las artrices, viendo  
tanta sinvergüencería?...

—Crea usted que muchas veces  
me ha pesao el que mi Rita  
no haiga sido como son  
más de cuatro, doña Emilia;  
porque eso de estar esclava  
treinta años, día por día,

de su honradez ande muchas  
la pierden y además se hinchan  
de brillantes, y que el público  
me la englobe y me la mida  
con las demás, ¡es muy triste!  
¿Y luego pa qué, hija mía?...  
Pa verse con ocho reales  
y con dos criaturitas,  
una de tres años y otra  
de pecho, que ¡hasta maldita  
siá la hora en que conoció  
á aquel golfo!...

—Es tontería,  
si ha nacido así, no sirve  
pedricarla, señá Otilia,  
¡porque la que nace honrá  
lo es dos mil años que viva!



UN AVIADOR





## UN AVIADOR

---

A mi querido amigo el ilustre  
Doctor FERNANDO CASTELO.

—¿Pero qué vendaje es ese  
que llevas en el melón  
y por qué tiés esa cara  
que te llega al entrecót?

—Pues ná, chico, lo que ocurre...  
cosas de la aviación.

—¿De la cuálá?

—Que he volao.

—¿Dónde?

—Desde el corredor  
de un principal hasta el patio,  
que tié el piso de hormigón.

—Pero cómo, ¿por capricho?

—¡Qué capricho!... ¡no, señor!  
Que me empujaron.

—¡Arrea!...

—Y por milagro de Dios  
no me ves con los narices  
en otra demarcación.  
¿Pero cómo fué la cosa?  
Pues verás: estaba yo  
muy tranquilo el otro día  
recostao en un farol,  
viendo de pasar las hembras  
frente al Bazar de la Unión,  
con Pacorro *el Escorbuto*,  
Quintiliano, y otros dos  
que han venido de Zamora  
pa ver la inauguración  
del evacuatorio ese  
que hay en la Puerta del Sol,  
y estaban tronzaos de risa  
con mis timos casi tóos,  
hasta el extremo de que uno,  
agarrándose al farol,  
me dijo:—*¡Haga usted el osequio  
de callarse, porque voy*

á echar la papilla! ¡Chico  
qué gracia que le hicel...

—No;

si gracia tiés

—¡Hombre, creo

que sí!

—Como que tu error  
más sinificao ha sido  
el no dedicarte á clón.

—Toma; si yo nazco en Londres,  
ú en París ú en Nueva York,  
ya lo sé; pero naciendo  
en el Divino Pastor  
y llamándote Protasio,  
qué haces...

—Verdáz.

—¡Aquí tóo

es pa el extranjero!

—¡A ver!

—Pero, en fin; á la cuestión:  
estaba, como te digo,  
más ocurrente que Dios,  
diciéndoles á las hembras  
pigramas y *quíz pro cuós*



de esos míos, que ya sabes  
lo originales que son,  
cuando de pronto me veo  
de venir á tóo vapor  
desde la otra acera, un cacho  
de señora con mantón  
alfombrao, y presumiendo  
de botitas de charol  
y oscilando las caderas,  
con un aquél y un primor  
que nos quedemos los cinco  
turulatos.—*¡Buen jamón!*  
(me dice Pacorro) *¡A ver*  
*cómo se bate el rencor!*

Conque en el mismo momento  
de ir á tirarla el rentoy  
más castizo que ha brotao  
de este humilde servidor,  
vá y repara en mí, y poniéndose  
como un pimiento morrón,  
y clavándome los ojos  
y temblándole la voz,  
de la sorpresa, me dice:  
—*¡Muy buenas tardes, Eloy!...*

¡Chico, si me sangran no echo gota!

—¿La conozco yo?

—Más que á tu padre.

—¡Quién era?

—¡Va á paecerte una ilusión!

¿Te acuerdas de la Duvigis,

aquella que se casó

cuando estaba en relaciones

connmigo?

—¿Cuála?... ¡No doyl!

—¡Sí, hombre, sí! ¿No te recuerdas

que entre otros varios y yo

le regalemos al novio,

la antevíspera, un bastón

con puño de asta de ciervo?...

—¡Ah! ¿Dices la de Puchol?

—¡Esa!

—¿Pues no he de acordarme?

¡Mucho!

—¡Pa chasco que no!

—¿Sigue tan guapa?

—¡Más!

—¡Echa!

—No existe comparación;  
ahora es rubia.

—¡Cómo rubia,  
si era más negra que el cok!...

—¡Toma, pero no te digo!  
Ha cambiao hasta el color  
del pelo y está de carnes  
chico ¡que asfisia!

—¡Anda Dios!

—En fin; que al verla la dije,  
con mi miaja de emoción:

—¡¡Chiquilla... pero eres tú!!

—¡Yo misma! (me contestó).

—¿Qué te haces?

—Pues ya lo ves:  
con mis peines.

—¿Y Puchol?

¿Sigue como antes?

—¡Lo mismo!

—¡Qué suerte!...

—¡Anda daí guasón!

—¿Cuántos chicos tiés?

—Ninguno.

—¡Pero qué inútiles sois!

—¡Velay!...

—¿Sabes una cosa?

—Cuála.

—Que estás superior.

—De qué.

—De guapa.

—¡Si, guapa!...

¡Tú si que lo estás!

—¿Quién ¿yo?

—Ya te lo habrán dicho.

—¡Nadie!

—¡Pobre!

—¡Más fijo que el sol!

—Pues sí que lo estás.

—¿Te gusto?

—¡Bien lo sabes tú, ladrón!

—¡Menos que tú á mi cien veces!

—¡De veras!

—¡Como que estoy

que no vivo ni sosiego

por ti!

—¡Cállate, traidor!...

¡Si no me has querido nunca!

—¡Más que la que te parió!

—*¡Ya se vé por las visitas  
que me haces!*

—*Es que Puchol  
me las tié jurás.*

—*¡Anda éste!...*

*Aquello se le pasó.*

—*Claro; como que no fué  
ná más que una ocecación.*

—*¡A ver!...*

—*Digo, tú lo sabes  
demasiao.*

—*Y sobre tóo,  
que ahora está fuera.*

—*¿Sí?*

—*En Burgos.*

—*¡Mecachis!...*

—*Miá qué ocasión  
pa echar un párrafo á solas.*

—*Si quieres, echamos dos.*

—*¡De pico, echas muchos tú!*

—*Eso con verlo...*

—*¿A que no  
te vas por casa una tarde?*

—*¿Qué te apuestas á que voy?*

—¿Cuándo te espero?

—Mañana.

—¿Chipén?

—¡Palabra de honor!

—¿A qué hora?

—De tres á cuatro.

¡A ver si no estás!

—¡Estoy!

—¿Dónde vives?

—Mira al Río,

tres, principal.

—Pues adiós.

—Oye: no compres merienda,  
que allí tenemos de tóo.

.....

Resultao: que llego esazto;  
me la veo en el balcón  
esperándome, más guapa  
que la Venus del Milor;  
subo, me abren, entro, cierra,  
nos damos un apretón  
de manos, coge una silla,  
me la alarga, la hago yo  
sentarse á mi lao, acede,

y á poco de estar los dos  
recordando nuestras cosas,  
(¡carcula con qué ilusión!)  
me pregunta sonriéndose;  
—*¿Traes mucho apetito, Eloy?...*  
—*Me se ha abierto al verte á ti.*  
—*Y á mi también.*

—*¡Pues alón!*

*Trae lo que tengas.*

—*¡Volando!*

Conque va al aparador  
y empieza á sacar pestiños,  
chicharrones, salchichón,  
bacalao crudo, cazalla,  
en fin, muchacho, ¡un convoy!  
—*¿Pero ande vas, criatura?...*  
(la digo)

—*¡Aquí mando yo!*

(me responde) *¡Usté á comer  
y soniche!* Pues señor,  
que empezamos la merienda  
en paz y en gracia de Dios,  
y estaba la pobre chica  
con toda su educación

ofreciéndome una raja  
de *ordures*, cuando la voz  
de un hombre exclama:—*¡Duvigis;*  
*abre la puerta!*

—*¡Ay, Eloy!*

(dice ella desenchajá)

*¡Mi marido!*

—*¿Quién?...*

—*¡Puchol!*

—*¡Atiza!*

—*¡Escuso decirte  
la *matiné* que se armó!  
No había tenido tiempo  
de salir de mi estupor  
cuando ¡zas! van y me arrean  
traidoramente una coz  
en los riñones, chiquillo,  
que vi las estrellas; voy  
á levantarme pa dar  
lo mío, y con el bastón  
de asta de ciervo (que fué  
lo que más me molestó,  
por tratarse de un osequio  
que le hice con ocasión*



de su boda), me sacude  
dos palos que me dejó  
mortecino; conque entonces  
me vuelvo como un león  
y le llamo lo que sabes,  
pero se irrita el gachó  
y empieza á diñar estopa,  
con una exageración,  
que aquél no era brazo, chico.  
—¿Pues qué era?

—¡Un ventilador!

Resumen total; que al ver  
semejante chaparrón  
de estacazos, la Duvigis  
se esconde en el *guater glós*;  
yo salgo de pira, el tío  
me alcanza en el corredor,  
me coge así, me levanta  
lo mismo que un cañamón,  
me zamarrea y diciendo:  
—¡Ves bajando, que ahora voy!  
va ¡pum! y me tira al patio  
sin darme una explicación.  
—Me alegro.

—¿Por qué?

—¡Por primo!

—Gracias.

—¡Natural, señor!

¿A quién se le ocurre el ir  
á un sitio de exposición  
sin un arma?...

—Cállate, hombre...

¡Si estaba armao cuando entró!

—Ah ¿sí?

—¡Tomal

—¡Pues haberle

dao pa el pelo!

—Mi intención

fué esa, pero del primer  
voleo me desarmó.

Ahora sí; que me las paga...

¡no te coja la menor,  
porque yo me vengo!

—Y ella,

si tié vergüenza.

—¡Los dos!



EL TRIUNFO

DE LA OPERETA





## EL TRIUNFO DE LA OPERETA

---

—Bueno; decididamente  
esto no pué ser, Candelas;  
me estoy pasando la flor  
de mi vida de quincena,  
y si has venido á este mundo  
pa no disfrutar siquiera  
de la juventuz, más vale  
que te subas á una de esas  
colunas que hay con dos huesos  
cruzaos y una calavera  
y te eletrocutes.

—Chico,  
no te entiendo ni una letra.

—Pues la cosa es muy sencilla:  
yo prencipié la carrera  
contigo, semana menos  
ú semana más, y sea  
porque tú tiés una zumba  
que no te cabe en la prenda  
correspondiente, ú porque haigas  
nacido con unas yemas  
en los dedos que ni Cristo  
te sosprende una faena,  
resulta que en los tres años  
que andas *haciendo* carteras  
por los tranvías, no sabes  
lo que es pisar una celda,  
ni te conoce la *poli*,  
ni te han calentao la jeta,  
y encima vistes que paeces  
un socio de la *Gran Peña*,  
en el ínterin que á mí,  
que he nacido con la negra,  
me ocurre que en cuanto le echo  
los garfios á una cadena  
de níquel ya me han largao  
dos palos en la cabeza.

—¡Mala suerte!

—Ya lo sé

que es mala suerte, y por esa  
circunstancia he decidido  
buscar otra industria nueva  
pa dinificarme un poco,  
y poder comer con regla,  
y no ir por ahí poco menos  
que enseñando las vergüenzas.

—¿Y dónde vas á meterte,  
si no sabes una letra  
de ná, ni entiendes de números,  
ni has cogido una herramienta?  
—¡Hombre, no tanto, que he sido  
grabador!

—Sí: tengo idea  
de que has andao machacando  
grava por las carreteras.

—Sí, ¿verdá?

—¡Qué duda!

—Bueno;

tú tómame la güedeja  
tóo lo que gustes, pero antes  
de un año pué que me veas



con más fajos de billetes  
que pelos tié Canalejas.

—¿Y qué vas á hacer?

—¡Lo que haga!

—¡Vamos, hombre, no te ofendas,  
que es una chufla!

—Pues pienso

dedicarme á la opereta.

—¿Tú?

—¡Güi!

—¡Rediéz!... Pero cómo,  
¿de aztor?

—¡Cuidao que eres bestial!

—Muchacho, pues no lo entiendo.

—¡Natural que no lo entiendas!

Verás: yo y un tal Meléndez  
amigo mío, que lleva

lo menos cinco ú seis años

repartiendo pan de Viena,

y que ya sabe un sinfín

de palabras extranjeras,

como *chaflán*, *isquimosis*,

*pitaluga* y *ecetéra*,

nos hemos juntao con otro

que tié la primer cabeza  
y está componiendo un método  
pa tocar las castañuelas  
por cifra, y hemos formao  
un *trús* de los tres, ú sea  
una liga, con ojeto  
(¡miá si es bonito el poblema!)  
de vivir sin trabajar.  
¿Qué te paece?

—¡De primera!

Pero sigo á oscuras.

—Bueno,

voy á esplicarte la idea.

—A ver.

—Existen en una  
parte de Uropa (dispensa  
que no diga cuálá), varios  
que sacan de sus cabezas  
unas cosas superiores  
que las llaman operetas,  
y que dan, donde las hacen,  
los pápiros por fanegas.

—¡Ah, sí; ya sé lo que dices!

¿Esas que se cantan?

—¡Esas!

Pues bien; yo y estos amigos  
ú socios, ú como quieras  
caleficarlos, valiéndonos  
de la mucha ú poca cencia  
que yo disfruto en mi endustria,  
y del dominio de lenguas  
del antes citao Meléndez,  
y del mérito que ostenta  
como músico el del método  
pa tocar las castañuelas,  
les vamos á echar los dátiles  
á todas las operetas  
que salgan ¡y no nos tose  
ni Dios! El del pan de Viena  
las copia en limpio; después  
las pone unas medias suelas  
el otro; las pesco yo,  
las llevo á un *cine*, las echan,  
hacen tilín, y el dinero  
que nos rindan se disgrega  
entre los tres honrámente  
¡y á vivir en la pulencia!  
Chico, pues es un negocio

que ni la Tabacalera.

—¡Como que parece mentira  
que no haiga habido á estas fechas  
nadie que esplote una cosa  
tan útil y tan benéfica!

—Sí que es raro.

—Qué ¿te gusta?

—¡Mucho! Pero tié una quiebra.

—Cuál.

—Que la guardia civil  
se entere y vayáis á Ceuta.

—¡¡Si es legall!...

—¿Sí?

—¡Claro, primo!

Toma, pues si no lo fuera  
¿pa qué me iba yo á cambiar  
de ruta?... ¡Por Dios, Candelas!...

—Eso sí.

—¿Ves ahora clara  
la cosa?

—¡Menuda breval!

—¿Verdá que hago bien?

—¡Pa chasco!

¿No has de hacer bien? ¡Si te dejan!...



EL VIEJO VERDE





# EL VIEJO VERDE

## DIÁLOGO REPRESENTABLE

---

### PERSONAJES

SEÑA GREGORIA, vendedora de "gangas" y reclamo de amores fáciles.

LA FILO, planchadora.

DON NARCISO, viejo sátiro.

UN MOZO DE CAFÉ, que no habla.

### I

Telón corto de calle con puerta practicable que da entrada á un café. A los lados de ésta dos mesas y sillas.

GREGORIA Y DON NARCISO

—Límpiese usted las legañas  
y mire usted despacito  
ese par de orlas. Me paece



que esto es servir á un amigo.

—¡Pero si son más antiguas  
que la puerta del Hospicio!  
¡Ah! ¿Sí? La última *dernière*  
de Lacloche. ¡Poco ruido  
que han armao estos pendientes  
en tóos los mejores círculos  
de Madriz! Como que son  
de la señora de un título  
que tié un apuro y no quiere  
que lo sepa su marido.

¡Si nó de qué iba ella á darlos  
ni por dos mill... ¡Corriendito!  
—Es mucho dinero.

—Vaya;

las quinientas veinticinco  
y terminao. Que no sea  
ni lo de usté ni lo mío.

—¿Sirven cien duros?

—No puedo

rebajar ni un perro chico.

—¡Pues á otra cosa!

—Pero hombre;

que los záfiroson finos

y ahora está la pedrería  
por las nubes, Don Narciso.  
Además, que la persona  
que va á gastar los zarcillos  
se lo merece, si son  
pa la que yo me imagino.

—Pa quién.

—Pa Doña Tomasa.

—¡Mi mujer no tié orificios  
en las orejas!

—¡Ah, vamos!...

Entonces con más motivo.

—¿Hace ó no?

—Suba usted un poco.

—No pué ser.

—¿Ni dos cochinos  
duros siquiera?

—Ni un céntimo.

—¡Vaya por Dios!... Ahí van, hijo;  
que siempre saca usted raja...

—Toma y cuenta.

—(¡Cayó un primol)

—¿Te has enterao?

—Sí.

—Pues ahora  
voy á darte un encarguito.

—Usted dirá.

—¿Tú conoces  
á esa que la llaman Filo,  
que tié el obrador de plancha  
frente á San Carlos?

—¡Muchismo!

—¿Qué te paece?

—¡Una real moza!

—¿Verdá que sí?

—Como físico  
no conozco quien la llegue  
ni al ribete del vestido.

—Pues pa ella son estas orlas  
que te he compraó.

—¡Don Narciso!...

¡Pero que no pué usted estarse  
nunca quieto!...

—Mi organismo  
que es así.

—¡Qué pocos hombres  
van quedando tan castizos!

—Bueno, al asunto: esa chica

me ha trastornao los sentidos  
de una forma, que me tié  
materialmente en un grito;  
pero como yo no puedo  
ser con ella tóo lo explícito  
que es menester, por mis años,  
mi posición y mi juicio,  
y es muy natural que trate  
de evitarme un compromiso,  
quiero que tú, que dominas  
estas cosas y que has sido  
la que en otras ocasiones  
me has allanao el camino,  
te llegues allá y, después  
de ofrecerla el regalito,  
la pintes como tú sabes  
los tormentos y el martirio  
que estoy pasando en el mundo,  
cétera... ¿Me has comprendido?...

—Le azvierto á usté que tié novio  
pa casarse, y que la Filo  
ciega por él.

—¿Pero es novio?...

—No creo que haiga ascendido,

porque ella en ese terreno  
pisa firme.

—Da lo mismo.

—Se hará tóo lo que se pueda.

—Esa moza es un capricho  
que yo tengo, y hace falta  
que acete lo que la envió.

—¡Lo acetaré!

—Tú ya sabes  
que yo soy agradecido;  
conque á ver cómo manejas  
el trapo.

—Esté usted tranquilo.

No hay hembra que se resista  
ni á estas orlas ni á este pico.

—Lo sé. ¿Cuándo vas á verla?

—Ahora, en caliente.

—¡Manífico!

Por aquí te espero. ¡A ver  
si me dejas en redículo!

—¡Quién! ¿yo? ¡Pues ni que acabara  
de llegar ahora en el mixto!...

—Bueno; tú verás.

—Ni media

palabra. ¡Eso es pan comido!  
—¡Olé mi cuerpo serrano!  
¡Mozo! Sácate un *Torino*.

## II

(Obrador de planchado.)

GREGORIA Y FILO

—¿Se pué pasar?

—Adelante.

¡Caramba, seña Gregorial...

¿Cómo usté por aquí?

—Chica,

pues ná; que he venido á Atocha  
con un encargo, y he dicho:

*¡Pues voy á ver á esa golfa!*

—Se la estima á usté el piropo.

—¡Mujer, ya sabes que es bromal!

—¿Y qué hace usté?

—Lo de siempre.

—¿Se trabaja?

—Poca cosa.

¡Está el negocio, hija mía,

que no hay una perra gordal

—¡Vaya por Dios!

—Ya me han dicho  
que te casas.

—Por ahora  
á eso se tira.

—Bien hecho.  
—¡A ver!

—¿Y cuándo es la boda?  
—Pues pa Agosto.

—¡Chica, vais  
á sudar pringuel...

—No importa.  
Pa casarse, tóos los meses  
son buenos, señá Gregoria.

—¿Y por fin, con quién?

—Con Paco.  
—¿El pollero?

—Sí, señora.  
—¡Anda, hija mía, que bién  
te vas á poner las botas!...

—¿Por qué?

—Porque él tié bastante,  
según dice su parroquia.

—No le he preguntao.

—Podías

saberlo...

—No soy curiosa.

—Le quedarás mucho.

—¡Un poquito!

—Paece muy buena persona.

—Pa mí, superior.

—Pues basta.

—¡Natural!

—Oye: ¿estás sola?...

—Sí. ¿Por qué?

—No, por ná... ¡Hombre,  
y á propósito!... Una cosa  
tengo que decirte.

—Cuála.

—Pues chica; que una señora  
muy rica, de la grandeza,  
que se va á meter á monja,  
por un desengaño, quiere  
que la coloque unas orlas  
que tié, porque en el convento  
no las dejan gastar pompas,  
y como tú estás á pique



de casarte y andas ahora  
con el *truchó*, me he pensao:  
*¡Miá que ocasión tan hermosa  
se le presenta á la Filo  
pa hacerse una buena compra!...*

—¿Las trae usté?

—¡Casualmente!...

Míralas.

—¡Ay, qué preciosas!...

—¿Te gustan?

—¡Son bonitismas!...

—¡Y que te estarían *pochas*,  
con esa cara tan tuna  
que tiés, grandisma ladrona!...

—¿Cuánto piden?

—Pues pa ti,

cien duros

—¡Eche usté ropal!...

—¡Anímate!

—¡Es mucho arroz

pa mí!

—¿No las gastan otras?...

—¡Toma, podrán!

—¡Bah! Lo mismo

que tú, si no fueras tonta.

—¡Clarito!

—¡Si tú quisieras!...

Conozco yo una persona  
que en cuanto dijeras ¡óle!  
por gusto, no digo yo orlas,  
¡ibas á dir á entregar  
las camisas en carroza!

—¿Sí? ¡Caray!...

—Es un señor  
muy decente, maestro de obras,  
que tié, pero cómo, ¡así!  
los brillantes y las onzas...

¡Si vieras!... Le ha entrao al pobre  
una pasión y una cosa  
por tí, que paece talmente  
que se alimenta con moscas.

¡Se parte el alma, hija mía!...

—¿Qué quíe usted decir, señora?

—Quién ¿yo?

—¡Usted!

—(¡Malol!) Pues ná...

—¡O se calla usted la boca,  
ó la estampo á usted en los sesos

la cofaina, tía galochal!

—¡Pero, chica... no te enrites  
ni te pongas tan nerviosa,  
que tú deseguida coges  
el rábano por las hojas!...

—¡Si no mirara!...

—Mujer...

pero ¿tú por quién me tomas?

—¡Por una...

—¡Jesús, María!...

¿Qué ibas á decir, so loca?

—¡Amos, hombre!...

—¡Sabré yo

lo decente y lo juiciosa  
que eres tú!... No te se puede  
gastar una chirigota...

¡Cuidao contigo!... ¡Amos, ven!

—¡Déjeme usté á mí de historias!

—¡Mujer, á un grillo se le oye  
y cuesta una perra gordal!...

Atiende y no te amontones:

¿A tí te gustan las orlas  
de verdá?

—Sí que me gustan.

—¡Puñales! ¡Pues me las compras  
y se acabó!

—¡No sé cómo!

—¿No tiés ahorrao pa la boda  
ná?

—Cuarenta duros.

—Bueno,  
me los das, luego me abonas  
tres tóos los meses, con algo  
de interés por la demora,  
y tuyos en poco más  
de un año.

—Eso es otra cosa.

—Anda, tráelos.

—Serán buenos,  
¿eh?

—¡Mujer, no gastes bromas!  
¡Superiores! (¡Qué le digo  
yo al otro, Virgen de Atocha!)

—Ahí van. ¿Está bien?

—Al pelo.

Tómalos, escandalosa...

¡Miá que lo de antes!...

—Usté

dispense, señá Gregoria,  
fué una figuración mía.

—¡Valiente genio! Adiós, loba.

—Adiós.

—Y ya pués estar  
satisfecha de tu compra.

—¡Qué bonitas!...

—(Si descubre  
que son *boro*, me desloma.)

### III

La misma decoración de la parte primera. Sobre una de  
las dos mesas habrá seis copas de vermouth, vacías.

DON NARCISO y luego GREGORIA.

¡Por vida de Dios!... ¡Las sietel  
¿En dónde se habrá metido  
esa bruja? Se conoce  
que le ha costao trabajillo...  
¿Lo habrá lograo?... ¡Cá minuto  
que pasa me paece un siglo!  
Allí asoma. ¡Vamos, hombre!...  
¿Dónde andas?

—¡Ay, don Narciso!...

—¿Qué sucede?

—¡Ay, qué disgusto!...

—¡Habla, mujer!

—¡Ay, Dios mío!...

—¡Rediez!...

—¡Miste cómo vengo!

—¿Pero qué pasa?

—¡El delirio!

—¡Revienta ya de una vez,  
si quiés reventar!

—Pues hijo

me fui, pa lo que usted sabe,  
al obrador de la Filo;  
entré, la metí el capote  
y ná, mú bien; al prencipio,  
naturalmente, la chica  
me se encampanó un poquito...  
por la *novedáz*.

—Es claro;

eso ya estaba previsto.

—Pero cuando vió las orlas  
y la hablé de los martirios  
que usted pasa, y de lo guapo,

lo reservao, y lo limpio  
que es ustedé, pues lo de todas...

—¡Ah! ¿sí?...

—*¡Dóminus vobiscum!*

—Lo carculao.—¡Muchas gracias!

—¡No se merecen! Pues hijo,  
que estaba yo contestisma  
por haberle á ustedé servido  
tan bien, cuando en esto sale  
bramando como un novillo  
el novio de la muchacha,  
que había estao escondido  
oyéndolo tóo...

—¡Mecachis!

—¡Y aquello fué pa escribirlo  
en uno de esos romances  
que hay pa asustar á los chicos.  
Míste: se viene pa mí  
con los ojos encendidos,  
que daba miedo; me atiza  
un guantazo en los hocicos,  
que estuve tres cuartos de hora  
sangrando como un cabrito;  
se acuerda de mis difuntos;

me agarra del añadido;  
me da un puntapié en el... bueno  
(figúrese usted en qué sitio),  
con unas botas de lluvias  
que pesaban cuatro kilos,  
y tirándome á la calle  
como un guiñapo, me dijo:  
¡Vaya usted daí, so indecente  
y dígame usted á ese tío  
que el día que me lo tope  
le rajo como á un gorrino.  
—¡Caray!... ¡Pero cómo! ¿A mí?...  
—Sí, señor.

—¡Pues te has lucido!

¿Y pa esto me he tomao yo  
seis *vermús* consecutivos?

—¡Ay qué horror!

—Bueno: ¿Y las orlas?

—Las orlas tuvo el cenismo  
y el desahogo de quedarse  
con ellas aquel bandido,  
porque como usted tié antojo  
de que las gaste la Filo,  
dice que por ná del mundo





le quita á usted ese capricho.

—¡Repuño!

—¡Y quién va por ellas!...

—¿Cómo que quién va? ¡Yo mismo!

¡Pero en seguida!

—¡Por Dios!

¡No vaya usted, don Narciso,  
míste que está como loco  
y va usted á buscarse un nicho!...

—¿Pero y á mí quién me paga  
los daños y los perjuicios?

—¡Ayl!...

—¡Qué te pasa?

—¡Que vienel!...

—¿Quién?

—¡El pollero! ¡Ay, Dios mío!...

—¡Le matol!

—¡Que tié usted nietos!

—Es verdáz.

—¡Ay, don Narciso,  
qué navajal!...

—¡Caracoles!

—¡Corra usted!

—¡Con tu permiso!

—¡Que viene!

—¡Por tu salud  
no le digas que me has visto!

.....  
—Creí que no me quitaba  
de encima este sinapismo...

¡¡Lo que tié que sudar una  
pa ganarse un panecillo!

¡Mozol! ¡Un bisté con patatas  
*chuflés* y chica de vino!



# LOS CORTEJOS

---

FIN DE FIESTA CON MÚSICA

## PERSONAJES

JENARA.  
NARANJERA.  
LORENZA.  
PACA.  
PEPA.  
MANUELA.  
UNA MAJA.  
DON PAULINO.

DIONISIO.  
ALFONSO.  
RAFAEL.  
UN FRAILE.  
CEFERINO.  
BLAS.  
UN CRIADO.  
UN MANOLO.





# LOS CORTEJOS

---

## ACTO ÚNICO

### CUADRO PRIMERO

Una calle de Madrid á principios del siglo XIX. En el centro fachada de una casa de modesta apariencia con puerta principal practicable. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA

CEFERINO y BLAS, de majos, con guitarras, por la izquierda. Luego un criado.

CEFER. Entra, que estará impaciente la reunión, y ya sabes que á la *Tuerta* no le gusta que empiecen las cosas tarde.

BLAS. Has de saber, Ceferino,  
que no hay cosa que me cargue  
como tocar, para que otros  
se diviertan en el baile.

CEFER. Y toquen también.

BLAS. Pero uno  
viene á comer lo que traen,  
si es cosa de gusto, y tiene  
que callar.

CEFER. Y que hoy es fácil  
que de bollos y compota  
te puedas llenar el zaque,  
porque vendrán personitas  
de rumbo: Dionisio el Sastre,  
con su mujer y el cortejo  
que á entrambos paga los gajes;  
la Curra, que tiene mano  
con famosos personajes,  
y Juanita la *Bisoja*,  
que como enterró ayer tarde  
al marido, anda buscando  
ocasión de consolarse.

BLAS. Ya se consolaba en vida  
del difunto.

*(Sale un criado por la derecha con una bandeja llena de viandas y vino.)*

CEFER. *(Al criado.)*

Hola, compadre.

¿Qué es eso?

*(Queriendo husmear en la bandeja.)*

CRIADO. Unas frioleras...

*(Retirando la bandeja.)*

¡qué comerá el que las pague!

*(Entra en la casa.)*

CEFER. Entra, no sea que empiecen por la cena, y tú ya sabes que sería de mal gusto entrar después de que acaben.

*(Cuando van á entrar, aparecen por la izquierda Lorenza y Naranjera, de majas.)*

## ESCENA II

DICHOS, LORENZA y NARANJERA

NARA. Anda, prima, date priesa.

CEFER. ¡Hola! ¿Son primas?



- NARA. Carnales.
- CEFER. Pues han venido á buen tiempo,  
que *primas* así siempre hacen  
buen avío á los que tocan  
estos estrumentos.  
(*Acercándose á ellas.*)
- NARA. (*Rechazándole bruscamente.*)  
¡Arre!  
Que estas *primas* no se han hecho  
pa que las toquen pelambres.
- CEFER. Eso se verá.  
(*Entra detrás.*)
- BLAS. Si tocas,  
no dejes de templar antes.  
(*Suena una bofetada.*)  
¡Saltó la *prima*! Por no  
pisar con cuidao los trastes.  
(*Extra.*)

## ESCENA III

ALFONSO, de manolo rico, y RAFAEL, de militar, que salen  
por la izquierda.

- ALFON. La sastra viene esta noche  
y yo voy á hacer que acabe

la zambra, curando al viejo  
de todos sus alifafes.

RAFA. Déjala y vaya en buen hora,  
y ve que no han de faltarte  
mujeres, porque nos tocan  
á cada macho seis pares.

ALFON. Pero ella es la que me enciende  
y no es justo que me abrase  
yo por dentro, para que otro  
por la mano me la gane.

RAFA. ¡Mira que acaba de entrar  
la Naranja en el baile  
y si te conoce el juego  
van á llover cardenales!

ALFON. ¡Cuchilladas que llovieran  
no harían que me parase!

RAFA. Aquí llega. ¡Sé prudente!  
*(Señalando á la izquierda.)*

ALFON. *(Con rabia.)*  
¿Lo ves? Viene con el sastre,  
su marido, y el cortejo  
de sesenta Navidades.

RAFA. ¡Ten juicio y vamos adentro!

ALFON. ¡Milagro será que acabe

la fiesta en paz!

RAFA. *(Empujándole.)*

Entra.

ALFON.

Vamos.

RAFA. ¡Pero has de mirar lo que haces!

*(Entran en la casa.)*

#### ESCENA IV

Salen por la izquierda DIONISIO con un farol encendido, alumbrando y sirviendo de guía á JENARA, que sale detrás, del brazo de DON PAULINO.

DION. Ya llegamos, á Dios gracias, aquí, Don Paulino, pase su mercé, que yo me marchó á oír el sermón del padre Gaspar. Su mercé procure cuidármela.

JENA. *(A Dionisio.)*

¡Que no tardes,  
hechizol!

*(Con mucha dulzura.)*

PAUL.

Ve descuidado,  
que mientras yo no me aparte  
de ella, tu honor no peligra

ni un punto.

DIONI.                               Lo sé; pero ande  
su mercé con mucho tiento,  
que hay quien ronda estos parajes  
por robarnos nuestra joya.

JENA.                               *(Con enojo.)*  
¡Que tal digas!

DIONI.                               No te enfades,  
rosicler, que la firmeza  
de tu virtud todos saben  
y yo el primero.

PAUL.                               ¡Y yo! Entremos,  
no nos echen menos.

DIONI.                               Hazle  
caso en todo; y si me tardo,  
mi ausencia no te embarace,  
que para eso vino aquí  
Don Paulino á acompañarte.

JENA.                               ¡Qué triste estoy!

PAUL.                               A mi arbitrio  
queda la pobre.

*(Entran en la casa Don Paulino  
y Jenara después de mirarse ex-  
presivamente.)*

DIONI. *(Enternecido viéndolos marchar.)*

¡¡Ni un padre!!

¡Qué amigo más complaciente  
y qué corazón tan grandel...

No me deja que me ocupe  
de ella, por no molestarme  
y además de hacer mis veces  
cada mes me encarga un traje.

## ESCENA V

DIONISIO y FRAILE, que sale por la derecha llevando del ronzal un pollino cargado, al hombro unas alforjas repletas y en la mano que le queda libre un farolillo encendido.

DIONI. Buena noche.

FRAILE. Hola, Dionisio.

¿Dónde se camina?

DIONI. Al Carmen,  
que hay sermón.

FRAILE. ¡Santa costumbre!

¿Y tu mujer?

DIONI. En el baile.

FRAILE. ¿Vino sola?

- DIONI.           *(Ofendido.)*  
                  ¿Soy yo tonto  
                  quizás? ¡Lleva quien la guardel!
- FRAILE.       ¿Y cómo marcha esa vista?
- DIONI.       Tal cual.
- FRAILE.           ¡Que Dios te la aclare!
- DIONI.       Gracias, hermano.  
                  *(Vase izquierda.)*
- FRAILE.       *(Viéndole marchar.)*  
                                  ¡Por qué,  
Dios mío, seré yo fraile!...

### Música.

### Cuplés.

*¡Dóminus tecum*  
fraile mostén!  
¡Ay, qué mujeres  
las que se ven!

---

El prior del convento  
de San Antonio

dice que las mujeres  
son el demonio.  
Y pone torvo el ceño  
y alza las cejas  
y huye de las devotas...  
cuando son viejas.  
*¡Ora pro nobis,*  
fraile mostén!  
¡Tú lo quisiste!  
¡Tú te lo ten!

---

En fuerza de abstinencias  
y de oraciones  
ahuyenta fray Domingo  
las tentaciones.  
Y cuando una devota  
ve que le atrapa  
no deja que le tienta...  
si no es muy guapa.  
¡Anda, borrico,  
mírame bien  
que soy por tonto  
fraile mostén!

## ESCENA VI

El FRAILE, la PACA y la PEPA que salen precipitadamente por la izquierda.

PEPA. ¡Corre, Paca!

PACA. Pára un poco.

FRAILE. ¡Lindo par!

PACA. Que me se cae

una liga y no es decente

lucir lo que ha de guardarse.

*(Se inclina para atarse la liga y al Fr. Fraile se le abren los ojos, como á cada hijo de vecino en semejante caso.)*

PEPA. ¡Cambiada estás!

FRAILE. *(Acercándose á ellas y rezando á media voz.)*

¡Padre nuestro!...

PACA. *(A Pepa.)*

Ponte aquí por si llega alguien con deseos.

*(La Pepa se coloca delante de la Paca, extendiendo la falda.)*



- PEPA. ¡Anda!
- FRAILE. *(Saludando.)*
- ¡Buenas!
- (¡Y gordas!)*
- PACA. *(Con sorna.)*
- ¡Dios le acompañe!
- (Entran las dos en la casa después de mirar al fraile burlonamente y de soltar una carcajada.)*
- FRAILE. *(Alzando la vista al cielo.)*
- ¡Señor! ¡Qué dura es la vida para los que sufren! ¡¡Arre!!
- (Arreando al animal.)*
- (Vase por la izquierda con el burro. Ataca la orquesta y se oye dentro de la casa el ruido de las castañuelas que acompañan el fandango y se hace la*

**Mutación.**

## CUADRO SEGUNDO

Portalón de una casa en que se celebra un baile de candil; mesas, sillas y bancos distribuidos convenientemente. En el centro de la escena y colgando del techo un gran velón con los cuatro mecheros encendidos.

## ESCENA PRIMERA

RAFAEL y ALFONSO, á la derecha: este último sin dejar de mirar á JENARA y DON PAULINO, que están sentados á la izquierda. CEFERINO y BLAS tocando las guitarras en el fondo y PACA y PEPA á su lado. Una maja y un manolo en el centro de la escena bailan el fandango, que acompañan la NARANJERA, MANUELA y otras majas y majos que forman grupo en torno á la pareja que baila. El criado distribuye vino y manjares á los concurrentes. Poco después de alzarse el telón termina el baile y cesa la música. Mucha animación en escena. Aplausos de todos.

NARA. ¡Bien bailado!

RAFA. Y con donaire.

PACA. ¡Y bien tocado!

CEFE. Se estima,  
pero echen acá la jarra,  
porque la sangre me pica  
del calor.

*(Procurando abrazar á la Naranjera. El criado alarga la jarra.)*

NARA. *(Esquivando el abrazo.)*

¡Las manos quedas  
ó escupes en la vesita,  
de una vez todos los huesos  
de la boca!

CEFE. *(Tomando la jarra.)*

No dirías  
eso si el que te tocara  
fuera Alifonso.

*(Señalando á Alfonso que sigue fijo en Jenara. Siguen hablando bajo.)*

PAUL. *(A Jenara.)*

Dí, rica  
¿estás á gusto?

JENA. *(Zalamera; pero atendiendo más á Alfonso que á don Paulino.)*

Yo, al lado  
de su mercé ¿cómo había  
de estar?

PAUL. *(Reparando en la insistencia con que Alfonso les mira.)*

Yo no, que hay enfrente  
quien parece con la vista  
comernos.

JENA. *(Por Alfonso. Suspirando.)*

*(¡Qué lindo mozo,  
y cómo su amor me tiral)*

PAUL. ¿No me oyes?

JENA. Sí.

PAUL. Pues no mires  
allá, que me mortifica.

JENA. No haya su mercé cuidado,  
porque miré sin malicia.  
Conmigo no tendrá nadie  
más dominio de por vida  
que su mercé y mi marido.

PAUL. Así debe ser.

ALF. ¿Ves?

*(Haciendo un ademán de ira al  
ver á Jenara y don Paulino que  
hablan muy acaramelados.)*

RAFA. *(Sujetándole.)*

¡Quita!

¡Has de estar quieto ó me marchol!

ALFON. ¡Si es ella la que me incital!

- LOR. *(A la Naranjera por Alfonso y Jenara.)*  
¡Míralos, tú!
- NAR. Me se antoja  
que la sastra del usía  
se va á llevar esta noche  
lo de atrás en carne viva.
- LOR. ¡Que ella no es manca!
- NAR. Eso luego  
se verá.
- RAF. ¿Pero qué misa  
de *requiem* es ésta? ¡Vamos,  
tocar!
- PACA. ¡Vengan seguidillas!
- PEPA. ¡Que empiece el baile, Jenara!
- RAFA. ¿Con quién?
- PACA. Con quien ella diga.
- JENA. *(A Paulino.)*  
¿Su mercé me da licencia?
- PAUL. Haz tu gusto, prenda mía.  
*(Se levanta Jenara.)*
- ALF. *(A Rafael, levantándose tam-  
bién.)*  
¡Verás!

(Se dirige resueltamente hacia Jenara, y al verlo se levantan de sus asientos como movidos por un resorte la Naranjera y don Paulino.)

JENA. (¡Ya viene!)

PAUL. (Aparte á Jenara.

(¡Con ese  
no!)

LOR. (¡Me huele á chamusquina!)

ALFO. (A Jenara.)

(¿Sirve este cuerpo?

PAUL. (Airado.)

¡No sirve,  
porque está comprometida!

NARA. (Adelantándose resueltamente.)

¡Y porque á mí no me da  
la rial gana de que sirva!

LOR. ¡Muy bien!

ALFO. (Agresivamente.)

¿Y á ti quién te mete  
en este asunto?

NARA. ¡Yo misma,  
que no necesito bula

para comer carne en vegilia!  
 Y como tengo costumbre  
 de llevar la frente limpia  
 de *estorbos*, porque á Dios gracias  
 no hay sastres en mi familia,  
*(Movimiento agresivo de Jenara,  
 contenido por don Paulino.)*  
 sepan sus mercés y sepan  
*otros*, que mientras yo viva  
*(Por Alfonso.)*  
 éste no hace centinela  
 ná más que en esta garita.  
*(Señalándose ella misma.)*

JENA. ¿Va eso por mí?  
*(Tratando de abalanzarse sobre  
 la Naranjera.)*

ALFO. *(Cogiendo violentamente de un  
 brazo á la Naranjera que imita á  
 Jenara.)*

¡Quieta!

PAUL. *(A Jenara.)*

¡Calla

y demuestra que eres dina!

JENA. Tenéis razón.

- PACA. ¡Siga el baile!
- JENA. Pues venga, y pa que no diga  
nenguno que la Jenara  
se asusta de medios días,  
vamos á bailar juntitos  
los dos  
(*A don Paulino.*)
- PAUL. ¡Diablo de chiquilla!
- CEFE. ¡Duro!
- PACA. (*Por don Paulino.*)  
¡Bien por los señores!
- RAFA. ¡Viva el garbo!
- NARA. (*Mirando gozosa á Alfonso.*)  
(¡Traga quina!)
- LOREN. (*A la Naranjera para calmarla.*)  
¡Esto se ha acabaó!
- NARA. ¡Mejor  
dijeras que ahora prencipial!

### Música.

(*Bailan las seguidillas Jenara y don Paulino; éste todo lo torpemente posible y aquélla lanzando*



*de vez en cuando miradas rencorosas á la Naranjera.)*

- PACA. La capa colorada  
tiene mi majo  
y la gloria del mundo  
lleva debajo.  
¡Toma confites,  
y échalos en la boca  
no te los quiten!
- CORO. ¡Toma confites,  
etc., etc.

*(Hablando con música en la orquesta.)*

- LOR. *(Con sorna á Don Paulino:)*  
Su mercé es una peonza.
- PAUL. Gracias.
- ALF. *(Por Jenara.)*  
¡Cómo la maldita  
me hace sufrirl!
- LOR. ¡Otro baile!
- PAUL. *(A Jenara.)*  
¿Quieres?

JENA. Como mande usía.

NARA. Yo canto la copla.

JENA. (¡Esta anda  
buscándome las cosquillas!)

NARA. Yo conozco á mi maja  
desde muy lejos  
porque siempre la siguen  
cuatro cortejos;  
y como es justo,  
si ellos tienen el gasto  
yo tengo el gusto.

CORO. ¡Toma canela!  
Si no lo has entendido  
vete á la escuela.

### Hablado.

VARIOS. ¡Vitor, vitor!

ALF. (Violentamente.)

Ya no puedo.

más.

(Rafael intenta sujetarle, y en  
vista de que se esfuerza en vano,  
le suelta.)

- RAF. ¡Pues anda!
- ALF. *(Adelantándose en ademán provocativo.)*  
No termina  
eso bien.
- PAUL. *(Galleando.)*  
Pues... ¿cómo quiere?  
*(Alfonso se queda un momento mirando á Don Paulino de alto á bajo despreciativamente, y por último, le derriba el sombrero de un revés.)*
- ALF. ¡Así!  
*(Alboroto y confusión. Alfonso se arroja sobre Don Paulino.)*
- PAUL. *(Sofocado.)*  
¡Quítenle de encima  
que le he de matar!
- PACA. ¡Socorro!
- JENA. *(A Naranjera.)*  
¡Por ti, bribona!
- PEPA. ¡Justicia!
- NARA. *(A Jenora.)*  
Nos veremos.

- JENA. Cuando quieras.
- NARA. Pues ahora, por si se olvida.
- JENA. ¡Pues ahora!  
*(Disponiéndose para la lucha.)*
- NARA. *(A todos.)*  
¡Chicos, fijarse,  
que van á empezar las vistas!  
*(Se acometen. Jenara se agarra al  
moño de la Naranjera y ésta le-  
vanta las faldas de Jenara y la  
azota, mientras Alfonso pega á  
Don Paulino. Momento de alboro-  
to, en el que varios tratan de apa-  
ciguar á los combatientes.)*
- RAF. ¡Alfonso!  
*(Queriendo desasirle.)*
- LOR. *(A Naranjera.)*  
¡Suelta, muchacha!
- RAF. ¡Bueno está ya!  
*(Tirando violentamente de Al-  
fonso.)*
- LOR. ¡Basta, Isidra!  
*(Haciendo lo mismo que Rafael.)*

## ESCENA II

DICHOS y DIONISIO, que aparece en la puerta cuando acaban de separar á los combatientes.

- DION. ¡Ténganse allá!  
*(Todos se callan y se detienen un momento.)*
- JENA. *(Arreglándose disimuladamente la ropa.)*  
 ¡Mi marido!
- BLAS. *(Sujetando á Don Paulino.)*  
 ¡Cálmese!
- JENA. ¡Me haré la víctima!  
 ¡Ven, que voy á desmayarme!  
*(Dionisio se adelanta pausada y gravemente á Jenara.)*
- DION. ¡Aquí mis brazos te brindan fuerte coluna! ¿Qué ha sido?  
*(Interrogando á todos.)*
- JENA. ¡Ay de mí!  
*(Cae en los brazos de Dionisio fingiendo un desmayo.)*
- DION. ¿Naide me explica?...

PAUL. ¡Fué que agravióla un canalla!

ALF. ¡Cómo!

*(Queriendo abalanzarse de nuevo á él.)*

DION. ¡Quieto! ¡Haré justicia!

*(Todos se apartan al segundo término, dejando en primero á Dionisio, que sostiene á Jenara, y formando grupo: á la derecha, Alfonso desafiando con el ademán á Don Paulino, y Rafael, majos y manolas que le contienen, y á la izquierda, Don Paulino provocando á Alfonso y contenido por Blas, Ceferino, Paca y Pepa. Dionisio dice pausadamente, después de contemplar un momento á Jenara.)*

¡Fiera suerte! ¡Horrible duda!

¡Desdichada esposa mía!

Tan honrada, tan prudente,

tan generosa, tan limpia...

y siempre lleva estas guerras

consigo. ¡¡Dios la bendiga!!

PAUL. Dionisio, vamos á casa.

- DION. Vamos donde quiera usía,  
y este lance, de escarmiento  
y de enseñanza nos sirva.  
¡Ya vuelve!  
*(Por Jenara que suspira lángui-  
damente.)*
- PAUL. Toma mi brazo.  
*(Jenara se coge del brazo de Don  
Paulino, y éste mira con aire de  
triunfo á Alfonso.)*
- JENA. *(A Dionisio.)*  
¡Ay, marido de mi vida!  
*(Vanse por el foro los tres, y an-  
tes Jenara vuelve la cabeza para  
mirar coquetonamente á Alfonso.  
Este trata de salir detrás.)*
- NARA. *(Sujetándole de un brazo.)*  
¡Tú te quedas!
- ALF. *(Enérgico.)*  
¡Suelta!
- NARA. ¡No  
te suelto aunque me hagas trizas,  
que de la hija de mi madre  
no ha nacido el que se ría!

- ALF.                   *(A Rafael.)*  
                  ¡La mato ó la dejo?
- RAF.   ¡Déjala!
- LOR.                   ¡Venga música!
- NARA.                   *(A Celedonio.)*  
  ¡Prencipia,  
que este majo va á bailar  
connigo las seguidillas!  
*(Pone á Alfonso delante de ella y  
rompe la música.)*

TELÓN





Á GUISA DE EPÍLOGO





## Á GUISA DE EPÍLOGO

Con más razón que Maura, cuando dijo:

*Nosotros, somos nosotros,*

López Silva pudiera decir, si no se lo vedase su modestia:

—*Yo, soy yo.*

Porque si los Mauras han abundado siempre en España, casi tanto como las bellotas en el Pardo, López Silva no hay más que uno. Le plagian, le imitan, le saquean, hasta le asesinan. ¡Inútil! Esos son otros López.

Decir algo de este poeta de costumbres madrileñas, es la cosa más fácil, á la vez que la más difícil, del mundo. La más fácil, porque con repetir un poco de lo mucho que se

ha escrito de su musa chulapona pueden llenarse muchísimas cuartillas; y la más difícil, porque, aun diciendo algo nuevo á propósito de ella, se corre el riesgo de pretender *descubrir* á quien es tan popular en España y fuera de España.

Yo no conozco en Francia—donde algunos periodistas, como los del *Journal*, quieren copiar, y copian malamente y sin pizca de gracia, el vocabulario y el gesto de los chulos parisienses,—yo no conozco una musa francesa que equivalga literariamente á la española de López Silva. Hay, sí, en las letras parisienses una musa callejera, la de Bruant, pero triste y dolorosa hasta cuando habla, como en *Chant d'Apaches*, el argot que ha hecho nido en las fortificaciones. Tiene la tristeza del fango de París y el dolor que parece desprenderse de los tejados pobres de la gran ciudad. Tiene también el aspecto siniestro que presentan de pronto los ángulos de las calles de estos barrios bajos de mentalidad y corazón.

La musa de López Silva es una chula, me-

¡jor dicho, *la chula*. Tiene alegrías en el corazón, malicias en la boca, retozos en el cuerpo salado, que no huele á perfume de tienda, pero sí á hembra sana. Tiene desenfados y descocos que suelen rayar en desvergüenzas, pero siempre ingeniosas y chisperas. Tiene filosofía, pero honda, oculta en las entretelas del espíritu, y si se asoma es á hurtadillas y como con miedo de que la vean. La musa de López Silva lleva un gran sol en el alma, y cuando de pañuelo y mantón sale del brazo de Goya, taconeando por las calles de Madrid, hay que decirla:

—¡*Olé, tu madre!*...

He hablado de filosofía, porque son filosóficos, á su manera, los diálogos de esos chulos de López Silva, que empiezan á discutir con arrestos de Cid y acaban con mansedumbres de Sancho. Si fuera aceptable—como debiera serlo—que también en la broma haya grandeza trágica, la de algunos de los diálogos de López Silva parecería épica. No todos los chulos del poeta español son Pangloss. Alguno es, al revés, Hamlet.

Yo no conozco poeta español de más gracia clásica, ni de más ingenio castizo, ni de más cuajo madrileño. Leyéndolo, trasladome á los Viveros, á las Vistillas, á las Ventas del Espíritu Santo, y mi juventud se despierta al son de un organillo, bailando un tango de *desmigüe* personal en el arroyo. Leyéndolo, vuelvo á verme en un portal cualquiera de los barrios bajos madrileños, en noche de verano, de sandías y de melones al aire libre, oyendo chulaperías de la vecindad, que toma el fresco en la acera. Leyéndolo, río, gozo y me rejuvenezco. ¡Y son tan escasas las ocasiones de gozar, aunque son tantas las ocasiones de reir, que nos dan nuestros escritores!...

Como lector, yo tenía una deuda de gratitud con López Silva. Hace tiempo que deseaba darle públicamente las gracias por haberme amenizado la existencia.

LUIS BONAFOUX

París, Marzo de 1911.



## ÍNDICE

	<u>Páginas..</u>
DEDICATORIA .....	V
PRÓLOGO .....	VII
El triunfo de las faldas.....	3
El aniversario .....	15
Vivir para ver .....	25
Brindis .....	37
¡Viva Madrid!.....	41
El patio tranquilo.....	51
Todo por la idea .....	77
Al maestro Vega.....	89
Tal para cual .....	97
A un rufián.....	109
¡Hay que vivir! .....	115
El vicio nacional.....	129
Las niñas del coro.....	143
Un aviador.....	157
El triunfo de la opereta.....	173
El viejo verde.....	183
Los cortejos.....	205
A guisa de epílogo.....	235







# BIBLIOTECA RENACIMIENTO

SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL • PONTEJOS, 8. • MADRID

• VOLÚMENES DE 250 Á 400 PÁGINAS, LUJOSAMENTE IMPRESOS, CON ARTÍSTICAS •

• CUBIERTAS EN COLOR •

• LIBROS RECIENTEMENTE PUBLICADOS •

	Ptas.		Ptas.
<b>S. y J. ÁLVAREZ QUINTERO</b>		<b>MANUEL MACHADO</b>	
Puebla de las mujeres.....	3,00	Cante hondo, <i>poesías</i> .....	3,50
<i>Comedias escogidas</i>			
Tomo V y último. — La casa de García. — Doña Clarines. — El centenario.....	3,50	<b>EDUARDO MARQUINA</b>	
<b>PÍO BAROJA</b>		La alcaidesa de Pastrana .....	2,50
Las inquietudes de Shanti Andia, <i>novela</i> .....	3,50	El rey trovador.....	3,50
El árbol de la ciencia, <i>novela</i> .....	3,50	<b>G. MARTÍNEZ SIERRA</b>	
<b>JOAQUÍN BELDA</b>		El poema del trabajo. — Diálogos fantásticos. — Flores de escarcha. <i>Segunda edición</i> .....	3,50
Alcibiades-club, <i>novela</i> .....	3,50	Sol de la tarde, <i>novelas. Segunda edición</i> .....	3,50
<b>RUBÉN DARÍO</b>		Teatro de ensueño. <i>Tercera edición</i> ..	3,50
Todo al vuelo .....	3,50	<b>RAMON PÉREZ DE AYALA</b>	
<b>CONCHA ESPINA</b>		La pata de la raposa, <i>novela</i> .....	3,50
Agua de nieve, <i>novela</i> .....	3,50	<b>CONDESA DE PARDO BAZÁN</b>	
<b>ANATOLE FRANCE</b>		Belcebú, <i>novelas</i> .....	3,50
Los dioses tienen sed, <i>novela</i> .....	3,50	<i>La literatura francesa moderna</i>	
<b>ALBERTO INSÚA</b>		II. La transición.....	4,00
El demonio de la voluptuosidad, <i>novela</i> .....	3,50	<b>JACINTO OCTAVIO PICÓN</b>	
Las flechas del amor, <i>novela</i> .....	3,50	<i>Obras completas</i>	
<b>RICARDO LEÓN</b>		IV. Mujeres, <i>novelas</i> .....	3,50
Alivio de caminantes.....	3,50	<b>SANTIAGO RUSIÑOL</b>	
Los centauros, <i>novela</i> .....	3,50	Un viaje al Plata .....	3,50
<b>RAFAEL LÓPEZ DE HARO</b>		<b>RUSIÑOL Y MARTÍNEZ SIERRA</b>	
Poseída, <i>novela</i> .....	3,50	Vida y dulzura .....	2,00
<b>LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA</b>		<b>FELIPE TRIGO</b>	
Carne de relieve, <i>novela</i> .....	3,50	El médico rural, <i>novela</i> .....	3,50
<b>J. LÓPEZ SILVA</b>		<b>MIGUEL DE UNAMUNO</b>	
La musa del arroyo.....	3,50	Soliloquios y conversaciones.....	3,50
<b>ANTONIO MACHADO</b>		<b>FRANCISCO VILLAESPESA</b>	
Campos de Castilla, <i>poesías</i> .....	3,50	El espejo encantado, <i>poesías</i> .....	3,50
		El Alcázar de las Perlas .....	3,50

## BIBLIOTECA POPULAR

I. PÍO BAROJA. — La Casa de Aizgorri, <i>novela</i> .....	1,00
II. FELIPE TRIGO. — Así paga el diablo, <i>novelas</i> .....	1,00
III. ALBERTO INSÚA. — En tierra de Santos, <i>novela</i> .....	1,00
IV. S. y J. ALVAREZ QUINTERO. — Drama, comedia y sainete.....	1,00
V. JOAQUÍN DICENTA. — Galerna, <i>novelas</i> .....	1,00
VI. RAFAEL LÓPEZ DE HARO. — La imposible, <i>novela</i> .....	1,00
VII. CONDESA DE PARDO BAZÁN. — Cuentos trágicos .....	1,00
VIII. EDUARDO MARQUINA. — Elegías.....	1,00



1049219



64 7 104566 12016